

La desigualdad en la sociedad neoliberal del siglo XXI: de cuestión sociopolítica a autopercepción estigmatizante

Diego Raus

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina

Fecha de recepción: 7-10-2020

Fecha de aceptación: 9-11-2020

Resumen

En la fase histórica contemporánea del orden capitalista -globalización y neoliberalismo-, se registra una situación de desplazamientos, migraciones forzadas y expulsiones de los miserabilizados del orden formal. Una fase, entonces, en donde la desigualdad es un hecho y una consecuencia y ya no un resultado adverso que hay que reequilibrar. La desigualdad, flagrante, estruendosa, cruel, es la forma social de esta etapa histórica de la economía del capital.

En este artículo se tratará la Desigualdad en cuatro dimensiones, intentando en cada una de ellas observar las características novedosas que le dan relevancia y significado en esta fase neoliberal global del mundo. En primer lugar, la **Desigualdad Económica**, señalando que la misma, al interior de las sociedades políticas, no es patrimonio exclusivo de países pobres sino de países pobres con producción de riqueza; la **Desigualdad Social**, definida por la percepción subjetiva del orden en que cada uno está ubicado en la sociedad de clases; la **Desigualdad Política**, evidenciada en una política que ya no se legitima en la reducción de la inequidad (modelo Welfare State) sino por la administración y gestión de esa misma inequidad; por último, la **Desigualdad como Forma del Mundo**, o la desigualdad asumida en todos los órdenes de la vida, es decir, en la vida cotidiana. Una desigualdad que se manifiesta sensiblemente en la autopercepción, que se define sobre todo en la individualidad más que en la colectividad, que deviene vergonzante y humillante y se manifiesta, como reacción y rebelión, en la rabia y el odio.

Palabras clave: desigualdad; desigualdad económica; desigualdad sociopolítica; desigualdad autopercebida.

Abstract

The current historical stage of capitalism, marked by globalization and neoliberalism, features displacements, forced migrations and the expel of immiserated populations. It is a stage where inequality is a fact and a consequence rather than an adverse outcome that should be rebalanced. Blatant, deafening, cruel inequality is the social form of the current historical stage of capitalist economy. This article deals with four dimensions of inequality with the intention of indicating new characteristics that make it relevant and unique in the current neoliberal phase. First, economic inequality in political societies is not a feature only of poor countries but of poor countries with wealth production; social inequality defined by subjective perception of the order in a class society; political inequality put in evidence by the fact that politics is not legitimized by the reduction of inequalities (the Welfare State model), but by the administration and management of inequalities; lastly, inequality as the shape of the world or the inequality in everyday life. It is inequality expressed in the self-perception, defined individually rather than collectively, that became shameful and humiliating, and is reflected in rage and hate as backlash and rebellion.

Keywords: economic inequality; sociopolitical inequality; self-perceived inequality.

Resumo

Na atual fase histórica do sistema capitalista –globalização e neoliberalismo–, registram-se fenômenos de deslocamentos, migrações forçadas e expulsões das populações miserabilizadas das ordens sociais e econômicas formais. Trata-se de uma época do capitalismo global onde a desigualdade é, ao mesmo tempo, fato concreto e consequência da ordem dominante, e não mais um resultado que precisa ser reequilibrado.

O presente artigo se debruça sobre a noção da Desigualdade a partir do estudo de quatro dimensões de análise, tentando entender o que cada uma dessas dimensões lhe aporta, em termos de relevância e significado, em esta fase globalizada e neoliberal do mundo. Em primeiro lugar, a **Desigualdade Econômica**, assinalando que ela não é patrimônio exclusivo dos países pobres, mas também de países pobres que geram riquezas.

Em segundo lugar, a **Desigualdade Social**, definida a partir da percepção subjetiva de cada indivíduo do lugar que ocupa na sociedade de classes. Terceira, a **Desigualdade Política**, evidenciada em uma política que já no se legitima na redução e mitigação das iniquidades (modelo Welfare State), e sim na administração e gestão dessa mesma desigualdade.

Por último, a **Desigualdade como Forma de Mundo**, quer dizer, a desigualdade assumida em todas as ordens da vida, inclusive na vida cotidiana. A desigualdade que se manifesta de forma sensível na autopercepção dos sujeitos, e que se define na individualidade mais do que na comunidade / coletividade, que se reconhece como decepção e humilhação e ao se reconverter em raiva e ódio, se expressa como reação e rebelião.

Palavras-chave: desigualdade econômica; desigualdade sociopolítica; desigualdade autopercebida.

El tema

No hace falta insistir en que la desigualdad social es el estado “natural” de la sociedad ordenada en un sistema capitalista de sustentación material de la vida; hoy día la sociedad global. Si queda claro que la desigualdad humana se viene instituyendo, por múltiples razones, desde que esa forma de sociedad apareció en la tierra. Pero, como marca original, el orden socioeconómico que fue desplegando el capitalismo, más allá que necesitó la libertad formal de los individuos, libertad formal que sostiene el orden social del mercado, observa como resultado inmutable, y constitutivo, la desigualdad material de las condiciones de vida. De vida individual y de vida social. El fundamento filosófico de tal estado de cosas -el orden de las cosas, refiere Bourdieu- es que todos tienen la posibilidad de ubicarse en las franjas privilegiadas de esa desigualdad. Privilegiadas en lo económico, en las comodidades de una buena vida, en el status que confiere y en la interpelación directa con la política ordenadora, a como de lugar si es necesario, de esa misma desigualdad.

No se discute tampoco que el capitalismo es una forma básicamente económica, es decir, la modalidad imperante en la producción y distribución de los bienes que toda sociedad necesita para la vida y, también, para satisfacer los deseos de utilizar bienes de confort y esparcimiento. Por lo tanto, la vida -la de la reproducción y la del consumo- depende absolutamente del funcionamiento de la economía del capital, o de mercado para encubrir con más elegancia el concepto. No por ley natural; si por ley histórica, es decir, por cómo se movió la historia humana de poco más de dos siglos a esta parte.

En esta fase histórica contemporánea del orden capitalista -globalización y neoliberalismo-, se observa, por un lado, una agudización en la dependencia vital y social respecto a la economía del capital y, por otro lado, una etapa en la cual ese orden económico prescindió de amplias franjas de la población mundial. Una situación que queda claro en las imágenes de los desplazamientos, migraciones, expulsiones, de los miserabilizados del orden formal. Una fase, entonces, en donde la desigualdad es un hecho y una consecuencia y ya no un resultado adverso que hay que reequilibrar. La desigualdad, flagrante, estruendosa, cruel, es la forma social de esta etapa de la economía del capital. Materialidad devenida con las décadas en forma natural de la sociedad, luego intervenida políticamente y, actualmente, en “razón” del mundo. Forma cultural y mapa cognitivo absoluto de vida cotidiana.

Sin embargo, hasta principios de este siglo todavía la desigualdad se pensaba desde la economía, paradójicamente, o no tanto, desde una economía que, precisamente, producía esa desigualdad. Solo un ejemplo, aunque contundente por provenir desde un organismo multilateral como la ONU: Las Metas del Milenio.

Las Metas del Milenio fueron desarrolladas en “Los Objetivos de Desarrollo de la ONU para el Milenio”, a partir de una sesión especial realizada en esa institución en Setiembre de 2000 en el marco de la Asamblea General del Foro Mundial, en presencia de la mayoría de los Jefes de Estado de los países miembros. Su objetivo liminar era generar diagnósticos y propuestas tendientes a reducir la pobreza en un cincuenta por ciento hacia el 2015 en todo el mundo, por ende, también en América Latina, la cual contó con un capítulo específico en el desarrollo conceptual y técnico de las “Metas...”.

El diagnóstico que fundamentó las Metas el Milenio residió en las alarmantes cifras que demostraban el aumento de la pobreza y la indigencia a la vez que el objetivo de las “Metas...” era su reducción en términos de estándares aceptables a sociedades civilizadas y democráticas.

Hacia 1999 la CEPAL¹ estimaba que el 35% de los hogares latinoamericanos estaban en situación de pobreza y, dentro de ese porcentaje, el 14% en situación de indigencia. En términos de personas los porcentajes representaban el 44% de la población en situación de pobreza y el 18% en estado de indigencia. A su vez esto significaba 211 millones de personas pobres y 89 millones de indigentes. En comparación, por ejemplo, a la década de los 60, los niveles de pobreza de 1999 eran escandalosos en su dimensión cuantitativa y en su significación social

1 CEPAL: Panorama social para América Latina y el Caribe 2001-2002, CEPAL, Chile, 2002.

y política. Hablaban, concretamente, de una regresividad social alarmante.

El objetivo propuesto en las “Metas...” consistía en la reducción de la pobreza extrema en América Latina a la mitad para el año 2015. Para eso se desarrolló una base estadística que relacionaba el crecimiento económico y la pobreza. Desde esta base se estimó que para reducir la pobreza extrema a la mitad entre 1999 y 2015 se necesitaría una tasa de crecimiento del producto total en la región no inferior al 3,8% anual o una tasa per cápita no inferior al 2,3% anual. Obviamente se hablaba de crecimiento sostenido. Desagregado por grupos de países esta hipótesis señalaba que los países considerados como de mayor pobreza requerirían un crecimiento anual total del 5,7% y per cápita del 3,5%, los países de niveles de pobreza intermedia un crecimiento total anual del 2,7% y per cápita del 1,4%, y los de menor pobreza un crecimiento total anual del 2,5% y per cápita de 1,3%. Es decir, con casi una ecuación matemática (% de crecimiento económico, % de reducción de la pobreza), el problema de la pobreza y la desigualdad se superaría.

La pregunta sería, entonces, cuál es el punto que debilita la relación mencionada. Una primera respuesta aparece hoy como bastante evidente: la distribución de los ingresos, es decir la modalidad en que se distribuye el producto del crecimiento económico. Una segunda respuesta, menos trabajada, pero, entiendo, sustancial, consiste en el error de presuponer que el mercado, o la economía tal cual hoy está planteada, es la responsable de mejorar la distribución de los ingresos. **Una tercera respuesta es que la desigualdad, estructural y constitutiva de la economía contemporánea, se manifiesta también en las formas sociales, la acción colectiva, la política y en la constitución de las subjetividades.** Indica que ya no se puede plantear el tema de la desigualdad solo en relación a la economía. Señala que el entendimiento de un mundo desigual requiere de explorar otras dimensiones aparte de la económica. La desigualdad hoy se expresa en la vida cotidiana, en todos sus niveles e instituciones. La desigualdad vive en nuestras conciencias porque es la forma del mundo. Por lo tanto, la desigualdad debe ser abordada sistemáticamente en todas sus dimensiones reales, dimensiones que constituyen, definitivamente, su unidad analítica.

En este artículo se tratará la **Desigualdad** en cuatro dimensiones, intentando en cada una de ellas observar las características novedosas que le dan relevancia y significado en esta fase neoliberal global (mundo Mercado) del mundo. En primer lugar, la **Desigualdad Económica**, tratando de probar que la misma, al interior de las sociedades políticas, no es patrimonio exclusivo de países pobres sino de países pobres con producción de riqueza; la **Desigualdad Social**, definida por la percepción subjetiva del orden en que cada uno está ubicado en la sociedad de clases; la **Desigualdad Política**, sostenida por una política que no se legitima en la reducción de la inequidad (modelo Welfare State) sino por la administración y gestión de esa misma inequidad; por último, la **Desigualdad como Forma del Mundo**, o la desigualdad asumida en todos los órdenes de la vida, es decir, en la vida cotidiana. Una desigualdad que se manifiesta sensiblemente en la autopercepción, que se define sobre todo en la individualidad más que en la colectividad, que deviene vergonzante y humillante y se manifiesta, como reacción y rebelión, en la rabia y el odio.

Desigualdad económica y efectos socioeconómicos

La desigualdad social esta fundada, desde el despliegue de la economía del capital, en el movimiento de la economía tal cual sostienen diversos análisis, sobre todo los críticos del capitalismo. A todo otro tipo posible de desigualdad entre las personas -racial, étnico, de género, de poblaciones-, la desigualdad socioeconómica, desigualdad de clases, fue tomando el sitio preponderante para explicar las distorsiones sociales y los conflictos políticos. Quedaba claro progresivamente que disponer de recursos ampliaba las ventajas sociales sobre los que no los tenían. A esa ley histórica se la institucionalizó progresivamente con el concepto-idea del mercado, es decir la forma social del capitalismo. La sociedad de productores donde cada sector valida de acuerdo a muchas posibilidades, pero donde la posibilidad mayor es la posesión y reproducción de medios -capital-.

La característica en esta nueva fase del largo ciclo de acumulación social del capital², es que se agudizó la distinción entre quienes poseen capital y quienes no. Por lo tanto, quienes mueven la socioeconomía y quienes son movidos, pendularmente, por ella. En una dinámica, lógica al paradigma dominante, en donde quienes tienen capital

2 Como señala la concepción regulacionista de la historia. (BOYER, 1989)

tienen, por carácter transitivo, la posibilidad y potencialidad de acumular cada vez más, mientras que quienes son movidos pendularmente en el mercado por el capital, en su pendular situación solo se sostienen aleatoriamente en un medio donde la posibilidad de la vida se torna cada vez más incierta.

Concretamente, esta etapa neoliberal, global, del ciclo histórico de la economía del capital concentra excesivamente la riqueza mientras que desparrama aleatoriamente la sobrevivencia. Un juego *win-lose* que se produce y reproduce cada vez con más solidez en la medida que va ensanchando la brecha social.

Es necesario despejar un sentido muy extendido respecto a la desigualdad económica. Ese sentido señala a la desigualdad como una función de la extrema pobreza. Sin embargo, se puede constatar, y es necesario hacerlo, que la desigualdad relaciona la pobreza extrema con mucha riqueza concentrada. Es decir, se produce en países donde hay producción de riqueza en algún, o algunos, sectores de la economía, pero ese producto es acaparado por un pequeño sector de la población. La escasa distribución que de esa manera se produce -distribución regresiva- genera pobreza a la vez que agudiza la desigualdad distributiva. Veamos datos de diferentes fuentes:

Cuadro 1

Los 10 países más desiguales del mundo (Índice de Gini)	(Valor más alto, país más desigual)
Sudáfrica	0,63
Haití	0,60
Honduras	0,53
Colombia	0,53
Brasil	0,52
Panamá	0,51
Chile	0,50
Ruanda	0,50
Costa Rica	0,49
México	0,49

Fuente: Banco Mundial "Taking on Inequality" 2016.

Se observa en este cuadro que, dentro de los 10 países más desiguales del mundo en 2016, tres son economías pujantes en su región -Brasil, Chile y México-, tres son economías medianas -Sudáfrica, Colombia y Costa Rica-, uno es un "paraíso" fiscal sede de inversiones financieras -Panamá- y solo tres países -Haití, Honduras y Ruanda- son países económicamente muy pobres.

Cuadro 2

América Latina. Entre los 10 países de mayor desigualdad están las dos economías más pujantes de la región, Brasil y Chile y una economía de desempeño satisfactorio, Colombia. Haití y El Salvador, dos de las economías menos desarrolladas de la región se ubican entre los países latinoamericanos menos desiguales.

Desigualdad en países de América Latina - Índice de Gini (de mayor a menor)	
Brasil	51,3
Colombia	50,8
Panamá	50,4
Honduras	50,0
Costa Rica	48,7
Guatemala	48,3
Paraguay	47,8
Chile	47,7
Nicaragua	46,2
República Dominicana	45,3
Ecuador	45,0
Bolivia	44,6
Perú	43,8
México	43,4
Argentina	42,4
Haití	41,1
El Salvador	40,0
Uruguay	39,7
<i>Fuente: Banco Mundial - últimos datos disponibles para cada país</i>	

Veamos un recorte elaborado sobre datos del Banco Mundial, 2017, sobre índices de desigualdad en todo el mundo.

Cuadro 3

Posición	País	Valor	Año
1	Sudáfrica	63.00	2014
2	Namibia	59.10	2015
3	Suriname	57.60	1999
4	Zambia	57.10	2015
5	República Centroafricana	56.20	2008
6	Lesotho	54.20	2010
7	Mozambique	54.00	2014
8	Belice	53.30	1999
8	Brasil	53.30	2017
14	Honduras	50.50	2017
15	Panamá	49.90	2017
16	Colombia	49.70	2017
17	Congo, República del	48.90	2011

18	Paraguay	48.80	2017
19	México	48.30	2016
19	Guatemala	48.30	2014
19	Costa Rica	48.30	2017
86	Tailandia	36.50	2017
88	España	36.20	2015
89	Grecia	36.00	2015
90	Gambia	35.90	2015
91	Australia	35.80	2014
91	República Árabe Siria	35.80	2004
93	India	35.70	2011
94	Ex República Yugoslava de Macedonia	35.60	2015
95	Portugal	35.50	2015
96	Sudán	35.40	2009
96	Italia	35.40	2015
135	Austria	30.50	2015
136	Hungría	30.40	2015
138	Malta	29.40	2015
139	Suecia	29.20	2015
141	Dinamarca	28.20	2015
141	Países Bajos	28.20	2015
143	Islandia	27.80	2014
144	Bélgica	27.70	2015
145	Argelia	27.60	2011
146	Noruega	27.50	2015
148	Kirguistán	27.30	2017
149	Finlandia	27.10	2015
151	República Eslovaca	26.50	2015
152	República de Moldova	25.90	2017
152	República Checa	25.90	2015
154	Belarús	25.40	2017
154	Eslovenia	25.40	2015
156	Ucrania	25.00	2016

Fuente: Banco Mundial. Grupo de investigaciones sobre el desarrollo. Los datos se basan en datos primarios obtenidos de encuestas de hogares de los organismos de estadística del gobierno y los departamentos de país del Banco Mundial. Puede obtener más información y datos sobre metodología véase PovcalNet (<http://iresearch.worldbank.org/PovcalNet/index.htm>).

Del puesto 1 al 19 entre los países más desiguales del mundo en ese año, se encuentran 7 cuyas economías exhiben un grado de desarrollo de pujante a mediano pero que, claramente, no son países pobres. En la franja media de los índices de desigualdad mundial, posicionan países en general de desarrollo medio incluyendo a algunos países europeos integrados a asociaciones como el OCDE, el GATT, FMI, Banco Mundial. Y al final, el grupo de países menos desiguales del mundo, incorpora en general países de economías pujantes pero medianas y, lo más llamativo, ninguno de ellos está entre las economías más ricas del mundo. Lo cual constataría, también, que la menor desigualdad no está relacionada con la mayor riqueza de las economías nacionales.

Dentro de lo que en ese entonces era el bloque capitalista del mundo, segunda posguerra, el mismo funcionó, dados los acuerdos sociales y políticos de las sociedades de bienestar, tratando de mantener equilibrios relativos entre

la acumulación y reproducción del capital con la distribución razonable de la riqueza socialmente producida. La base tecnológica de ese capitalismo, y ese acuerdo sociopolítico entre capital y trabajo, permitió el pleno empleo, la asalarización del mismo, los derechos al bienestar económico y, señaló Adam Przeworski, el “compromiso de clases”³.

La fase contemporánea del capitalismo -base tecnológica, acumulación y reproducción, financiarización y mundialización- logró materialmente deshacer aquel estado de cosas y estructurar un paradigma socioeconómico por el cual la acumulación de capital se autonomizó del bienestar social, sobre todo el generado por el empleo y los salarios. La mundialización -diversificación de la inversión a nivel país maximizando contextos de oportunidades- y la financiarización -intangibilidad en la movilidad de capitales a nivel global- explica, en su base, el modelo antes descrito y ejemplificado en los cuadros: la mayor desigualdad social relaciona economías-países en donde hay extrema pobreza a la vez que se genera riqueza. La extrema pobreza sin generación de áreas de riqueza solo reproduce lo mismo: pobreza. Pero no desigualdad, al menos en lo que explica y visibiliza la desigualdad socioeconómica contemporánea.

La producción de la desigualdad social

Planteo en otro trabajo⁴ que lo que podemos denominar “cuestión social” es la relevancia de la dimensión social en un contexto histórico que la determina. Es decir, una configuración que articula problemáticas definidas como sociales y que son producto de una determinada coyuntura histórica. En el mismo artículo sostenía que: “Por cuestión social quiero señalar los particulares dilemas y clivajes sociales que tornan dificultoso el desarrollo del lazo social, es decir las condiciones del entendimiento y el consenso social por sobre las fracturas y el conflicto. Como tal la cuestión social se define y se acota en una determinada etapa histórica, portadora de nudos problemáticos y sentidos culturales y políticos que la dotan de una especificidad particular”. El tema es, entonces, “...buscar donde reside y como se plantea la cuestión social hoy”.

Desde una perspectiva solo socioeconómica, pero conducente a una pluralidad de situaciones sociales cuyo denominador común es un proceso de exclusión y marginalidad⁵, planteamos la cuestión social hoy en América Latina desde una profunda tensión, al punto de una contradicción, entre el crecimiento económico, las mejoras relativas en el problema del desempleo y la pobreza, con el mantenimiento de una desigualdad social inédita en comparación al proceso social latinoamericano antes de los 90. Esta desigualdad social se manifiesta en el enriquecimiento constante del decil más alto en la escala de ingresos, las mejoras en consumo y acumulación de los dos deciles siguientes y la pauperización ya estructural de los dos o tres últimos deciles de las escalas de ingresos. Enfatizo lo de “estructural” pues es evidente a esta altura de los tiempos económicos y políticos que el crecimiento económico y una concepción política que invoca a la justicia social, no bastaron para solucionar las carencias de las personas y familias que componen esos deciles, es decir, entre una 20% y un 40 % de las poblaciones nacionales, lo cual implica, en el tiempo, la pérdida constante de bienes y herramientas materiales y simbólicas para alguna vez emerger de una vida cotidiana de precariedad.

Primer concepto a discutir: pobreza. Es cierto que es un concepto estándar utilizado internacionalmente, que se adapta fácilmente a cualquier estadística socioeconómica y que, como tal, puede utilizarse comparativamente para tomar decisiones o para acompañar, en caso de un descenso estadísticamente comprobado, discursos políticos de gobiernos. El problema con el concepto “pobreza” es que su utilidad y su sobreutilización tendió un manto de olvido

3 El concepto acuñado “Compromiso de clases” quiso referir a los acuerdos sociales de posguerra en el marco de la sociedad de bienestar, por el cual las clases trabajadoras “renunciaron a la lucha por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, a cambio que la burguesía garantice las mejoras progresivas de las condiciones sociales de vida de los trabajadores”. Fórmula conceptual que reflejó los acuerdos sociales de posguerra: de la lucha de clases al compromiso de clases. Conste que Adam Przeworski se inscribe en la corriente denominada Marxismo Analítico, es decir no estamos hablando de un teórico liberal o conservador (Przeworski, 1991).

4 Pensar la sociedad y la cuestión social en América Latina Contemporánea (Raus, 2011).

5 Pensando en la exclusión como un proceso que excluye a vastos sectores sociales del acceso al consumo de bienes materiales y simbólicos, y a la marginalidad como una consecuencia agravada de aquel proceso en tanto se constituiría por la pérdida del sentido de pertenencia a una institucionalidad estatal y a una comunidad política, concretamente una subjetividad que posiciona a individuos y grupos sociales al margen del sistema institucional (Raus, 2006).

sobre, primero, su perspectiva sociológica y, segundo, la responsabilidad política sobre la pobreza.

A la pobreza se la mide. Lo cual ya permite un abuso estadístico. Ningún gobierno le gusta admitir la profundización o el mantenimiento de los porcentajes de pobreza, por lo que es válido permitirse sospechar de las formas y metodologías de medición de la pobreza. Al medirse la pobreza, y pensarse la situación de pobreza desde esos indicadores cuantitativos, se la hace estática siendo que en realidad es, como todo proceso social, dinámico. Las mediciones de la pobreza se realizan y publican por etapas en un año y permiten ver el ascenso, permanencia o descenso de un número porcentual. En el medio de esas etapas nada, un vacío solo cubierto por el siguiente indicador.

Ahora bien, la propuesta no es solo pensar sino ubicar la situación en su lugar de origen, la sociedad, y en su modalidad de desarrollo en tanto proceso social. Si se piensa así se torna ineficaz hablar de la pobreza y se torna sociológica y políticamente necesario dinamizar el concepto-situación: hablamos entonces de **empobrecimiento**, de un **proceso histórico social que produce pobreza**, que sumerge en una situación de precariedad, carencia y hasta miseria a personas, familias y sectores sociales que no son pobres, o lo son solo estadísticamente, sino que fueron, o son, empobrecidos. Cuando hay pobreza es porque hay gente que fue empobrecida, se registra un proceso económico, social y político que sumerge en la pobreza a personas que no quieren ser pobres pero que no tienen los elementos ("Capitales" dice Bourdieu) para evitar esa situación. El empobrecimiento tiene su contracara que es el enriquecimiento o, al menos, las mejoras económicas de grupos sociales que solo aprovecharon dicho proceso. Por eso el empobrecimiento es dinámico, o parte de una dinámica social, porque es un proceso que se constituye cotidianamente sobre la vida personal y social de sectores sociales. Porque se sufre cotidianamente y se espera, también cotidianamente, resolverlo. Definitivamente, la gente no es pobre porque quiere ni porque cae en un estrato estadístico; es pobre porque se la empobrece, porque hay quienes empobrecen. Entre empobrecidos y empobrecedores se resuelve un proceso social a lo largo de una historia nacional que tiene responsabilidades y efectos políticos.

El otro concepto polémico es el de "distribución del ingreso". Nuevamente un estándar internacional, operabilizable estadísticamente desde el coeficiente de Gini o desde la distribución por deciles, y que permite visualizar cómo se distribuye la riqueza que una sociedad crea a lo largo de un año. La resultante de esa distribución es la progresividad o la regresividad en la participación social de la riqueza, algo que a los gobiernos les interesa en caso de ser positiva, pero en menor escala a la pobreza, pues los efectos de la distribución de los ingresos en la cotidianidad social son más difusos, menos perceptibles en forma directa. Por ser así, a nivel estadístico los movimientos anuales del coeficiente de Gini o de la participación por deciles tienden a ser tan solo un detalle numérico para las personas. Políticamente, el concepto es útil pues remite a un imaginario por el cual el producto anual de una economía se distribuye, es decir se reparte en forma tan "natural" como las manzanas que caen del árbol y los que pasan las toman de acuerdo a su gusto. La distribución del ingreso, como dimensión socioeconómica, despolitiza las relaciones sociales de carácter económico -las más conflictivas- en una sociedad capitalista; por ende, es un concepto funcional, útil en tanto aséptico, a cualquier gobierno.

Ubiquemos el concepto en su dimensión económica, social y política y podremos ver en él, no solo el desenvolvimiento de un proceso social, sino el desarrollo de relaciones sociales en una de las dimensiones más caras en una sociedad capitalista: la socioeconómica. No hay en realidad una "distribución del ingreso" sino una **captación o apropiación social de los ingresos o de la riqueza**. La riqueza que una sociedad crea al año, medida en PBI, no se distribuye naturalmente como las manzanas del árbol, es apropiada por ciertos sectores sociales más que por otros. Quienes tienen más elementos y posibilidades -nuevamente los capitales de Bourdieu- sociales para captar una porción mayor de ingresos, lo hacen. Quienes tienen menos elementos y posibilidades solo pueden captar una porción menor, incluso a la necesaria para una vida digna. La cuestión social de los ingresos -riqueza- se define por la lucha social sea por recursos escasos o por las ansias de acumulación propias de una economía y una cultura social capitalista. Es dinámica en tanto enmarca una de las principales luchas sociales de los dos últimos siglos, y su resultante, estadísticamente reflejada en un mejor o peor Gini o una profundización en las diferencias entre deciles, en realidad muestra en toda su dimensión el mayor o menor equilibrio en la relación de fuerzas sociales. La distribución regresiva de los ingresos⁶ en nuestra región, marca contundentemente el resultado histórico de las transformaciones sociales

6 Y en esta constante estadística situamos objetivamente el gran dilema -negativo, por supuesto- de la cuestión social en América Latina en estos últimos 20 años.

luego de las reformas neoliberales de los 90, a la vez que la capacidad estructural de ciertos grupos sociales, y no necesariamente las altas burguesías o los ricos, de apropiarse continuamente de una porción muy mayor de la riqueza social. Y esa situación no es distribución sino captación o apropiación. El primer término se define, y reside, en el orden de lo natural; el segundo en el orden de lo político⁷.

Si al empobrecimiento de parte de las sociedades y a la apropiación cada vez más concentrada de la riqueza socialmente producida, se le añade la desestructuración del mercado de trabajo, cuya característica más nítida y estructural es un alto desempleo abierto y una elevada y progresiva informalización y precarización del trabajo (algunas calificaciones), la resultante neta es una heterogeneidad pronunciada en el interior de las clases trabajadoras. Es decir, una fragmentación del trabajo en términos de calificaciones, ingresos, posibilidades de vida. La sociedad laboral se pauperizó, no absolutamente sino en parte de sus, ahora, franjas sociales. La sociedad laboral se grafica en una pirámide pronunciada tal cual se representa la desigualdad de la riqueza. En la sociedad laboral también hay una punta de mucho bienestar y una base absolutamente precarizada. En el medio una situación que oscila entre el equilibrio, el sostenimiento, el temor, la pérdida.

Se configura una institucionalidad social que opera subjetivamente en la lenta pero progresiva dilución de la identidad de clase trabajadora. No una determinada fracción de clase- inserción sociolaboral-, sino el imaginario de pertenencia a un colectivo social estructurado en el trabajo propio y, como consecuencia, en la capacidad de proveer y proveerse una vida digna y evolutiva. Los mercados de trabajo muestran claramente una relación inversamente proporcional entre el decrecimiento de la población empleada bajo régimen de contrato jurídico y la población empleada sin ese contrato, es decir, informal y precarizada. Sin mencionar el aumento del desempleo abierto. Por otra parte, otra muestra de esa deconstrucción de la identidad de clase reside en la desestructuración de las organizaciones sindicales que, por naturaleza política y jurídica, representaban al empleo formal. Dada la historia de la progresiva relación entre el trabajo y la consecución de derechos, la regresión en la misma afectó, y afecta, la materialidad de la vida primera, la conciencia de derechos luego y, por último, las nociones de adscripción a una vida comunitaria devinientes del sentido de utilidad y providencia.

A cambio se despliega una autopercepción de "sobrante", de no calificado, de no merecimiento de aportar con el trabajo propio a la vida familiar y social. Un excedente social. Y el espejo de esa autopercepción descalificante y humillante ya no es la burguesía -el otro privilegiado en la sociedad de clases- sino la propia clase, el propio colectivo de trabajo, el igual en la inserción en la economía pero que, a diferencia de esa autopercepción, es capaz de prodigarse, y prodigar, subsistencia y futuro. El privilegio ahora reposa en la propia clase, de menor a mayor. El burgués, la burguesía -clase propietaria- ya está demasiado lejos para enfocarlo como el antagónico.

La novedad de la nueva cuestión social es que la desigualdad no la produce solo la fase actual de la economía del capital. Se produce -autoproduce- también en la subjetividad social de los desplazados del modelo.

La constitución política de la desigualdad

La Economía Política es la ciencia que estudia las modalidades de producción y distribución de los recursos que las sociedades se plantean como necesarios para su reproducción, o satisfactores que se corresponden con el estado del desarrollo social y cultural correspondiente. Esto implica que lo que se juzga como justo y equitativo en la relación entre producción y distribución es un *mix* entre lo objetivamente necesario y lo que subjetiva e históricamente una sociedad piensa propio de un orden aceptable y justo. Las expectativas que ordenan los cambios en los patrones de distribución y consumo de bienes, materiales y simbólicos, es una creación social y es parte de la evolución de los imaginarios colectivos, a la vez que es el elemento que liga indisolublemente a la economía con la política y, definitivamente, hace a ellas dos partes intrínsecas del vasto complejo de las ciencias sociales.

La política, las conductas políticas de los agentes sociales y la apreciación que de la política tienen esos agentes (sentido), no están determinadas, pero sí fuertemente enmarcada por la economía. Refiriéndonos solo a la etapa en que la producción y distribución de bienes se comienza progresivamente a desarrollar dentro de la lógica de la economía capitalista, es un hecho que ésta ha desplegado en ese devenir múltiples modalidades con que cumplir el

7 El desarrollo de estas ideas en (Raus, 2012).

mismo objetivo: el incentivo que provee la posibilidad de acumular capital (riqueza). En cada una de esas modalidades⁸ no solo se modificaron las estructuras institucionales de la economía sino también la percepción acerca de las posibilidades y utilidades que de ella se derivaban. Esa percepción, que en definitiva lleva a la consideración de lo que es un orden económico justo, conforma la subjetividad de los agentes que se mueven, en su rol de agentes económicos, dentro de esas históricas modalidades de gestión de los recursos.

En el momento que una modalidad de funcionamiento y gestión de la economía se transforma en una etapa histórica, es decir genera las líneas conducentes que orientan las conductas económicas globales, los agentes envueltos en ella orientan sus acciones y sus sentidos en esa misma dirección⁹. Esta reorientación social de las conductas económicas, conformarían el momento político de una nueva economía pues trastoca la percepción social acerca de lo que es, desde el campo de lo económico, un orden justo, útil y sustentable para la mayoría de los agentes envueltos en el campo¹⁰. En ese momento la relación entre economía-sociedad-política muta y, desde esa mutación, transforma un orden histórico.

Se intenta señalar con lo antedicho que, si bien el orden económico no es el factor determinante de las acciones y los sentidos políticos, en el capitalismo es un factor importantísimo en el enmarcado la acción social y política y, por lo tanto, en la comprensión de esa acción. La gran (aparente) paradoja del capitalismo consistió en la des-sujetación de los agentes sociales y en la provisión de un grado hasta ese momento impensado de libertad formal para incluirse o no en la economía que iba diseñando y estructurando (condición de la asalarización del trabajo). La formalidad de esa libertad reside en el acto voluntario de inclusión-exclusión y deviene en una falsa opción cuando la exclusión voluntaria implica la progresiva extinción del sujeto que tomó esa decisión.

Sin embargo, es necesario pensar esa relación entre capitalismo y libertad del sujeto económico, pues ella es la condición de posibilidad de tal economía, al fundar en sus consecuencias un orden socioeconómico desigual pero legítimo. Por supuesto que el costo a pagar por el consenso relativo a un orden desigual, costo para los dominantes en esa desigualdad, fue un lento pero incontenible desarrollo de los mecanismos institucionales y de los sentidos políticos de la democracia. La (aparente) paradoja¹¹ antes señalada podría enunciarse de tal manera de sostener que la evolución y desarrollo de la economía del capital corrió por vías paralelas, en espacio y tiempo, que la evolución y desarrollo de la idea y la institucionalidad democrática. La idea acerca de que la expansión del capitalismo es correlativa al desarrollo de las luchas sociales (de clases) es cierta a condición que se le agregue a esa relación su resultado: el despliegue y avance incesante de las formas democráticas de expresión de las demandas sociales.

Luego de la segunda posguerra, el capitalismo, en la fase de una economía sostenida por el consumo social, lo cual implicaba niveles altos de empleo y salarios, contribuyó a enmarcar un orden social que tendió a la plena integración de la mayoría de la sociedad. El pleno empleo y los salarios crecientes, junto a las políticas sociales y redistributivas sancionadas y sostenidas por el denominado "Estado de Bienestar"¹², envolvió en una estructura institucional de protección no solo a los agentes directamente involucrados en esa economía (trabajadores, cuentapropistas y capitalistas) sino también a sus relaciones directas (familia) beneficiados por la estabilidad laboral y la evolución salarial. La posibilidad de la sociología de posguerra de acuñar conceptos tales como "estructura social", "estratificación social", "movilidad social ascendente", devenían de la materialidad de ese nuevo orden social¹³. La sociedad en su conjunto podía representarse desde su relación con la economía (keynesianismo) a la vez que esa representación no refería a un orden estático sino dinámico, movable en sentido de mejoras progresivas de las condiciones sociales de vida. El

8 "Fases del largo ciclo de acumulación del capital" denominaron los "Regulacionistas" (Boyer, 1992).

9 Por eso es preciso entender que los procesos de reformas estructurales de la economía necesitan de la articulación de esos dos momentos: el momento institucional -cambio de las estructuras económicas-, y el momento subjetivo -cambios en los comportamientos económicos ajustados a las nuevas estructuras. Cuando este ajuste no se produce es cuando suceden las crisis económicas.

10 Solo por rigurosidad, el concepto de "Campo" tomado en toda su dimensión de Bourdieu. (Bourdieu, 1990).

11 Paradoja solo aparente desde la perspectiva de las ideas y representaciones (ideologías) políticas.

12 Por ende, una forma e institucionalidad política que excede en mucho su conceptualización reducida como estado social, de distribución social o de políticas sociales. El Estado de Bienestar fue la estructura política que consolidó un nuevo orden social, caracterizado por la tendencia a niveles de equidad económica y justicia distributiva que la humanidad hasta ese entonces no había presenciado y, ciertamente, no presencia desde la década de los 80 del siglo XX.

13 El correlato en la política y el Estado de esta conceptualización de la vida social fue la expansión de la "política pública" y la afinación al extremo del concepto de "planificación". Se puede planificar solo en un horizonte de estabilidad y de certeza.

colario en la práctica e imaginario social fue la idea de certidumbre, el control de la vida individual, familiar y social en un horizonte de certeza provisto por la materialidad de la economía política.

En la fase del capitalismo de bienestar, entonces, la economía fue percibida y vivida (de ahí la construcción de un sentido) en términos de condición de progreso material y vital primero y, luego, en términos de derechos, es decir, que las mejoras de las condiciones de la vida social terminaron siendo apropiadas como un derecho adquirido por las mayorías sociales. Derecho propio y derecho social a la redistribución de los bienes socialmente producidos. Excepto por el “permiso” concedido por esas mayorías para una apropiación privada importante de esos bienes¹⁴, la teleología marxista nunca estuvo tan cerca de su “tipo ideal” como en esta etapa, siempre dentro del capitalismo.

Cuando la economía política (cómo se distribuyen los bienes “escasos”) en una de sus etapas (alta distribución) se consolida en términos jurídicos y políticos (derecho a), la concepción económica de los agentes sociales se modifica en sentido progresivo, es decir en la idea (sentido) que ese “derecho a” no es un derecho solo políticamente instituido sino también natural. Significa (significante) para los agentes que simplemente se ha materializado social y políticamente una situación por la cual todos tienen derecho por su condición natural -productores- y, luego, por su condición social -trabajadores¹⁵. La mediatización que de esas condiciones hace la forma percibida por lo producido -salario y no parte del producto- solo es, para esa percepción un aspecto de la complejidad de la vida económica y social. Así, el dinero-salario no es alienación ni un fetiche sino la forma del derecho natural y social en tanto productores y trabajadores, que tiene la ventaja de reducir el nivel de complejidad de los intercambios que esa economía ha desarrollado.

La nueva economía que surge a principios de los 80 -estructura institucional y de circulación de bienes comprendida en los conceptos de globalización económica y neoliberalismo-, se va a transformar en un paradigma dominante cuando logró deconstruir la subjetividad propia del modelo del bienestar y logró recuperar, revisitadas, las linealidades estructurantes de la lógica neoclásica: apropiación privada y autorresponsabilidad en el destino de la vida económica y social. El neoliberalismo tuvo exactamente de “neo” la capacidad revolucionaria de transformar la ideología del bienestar social y el derecho a ese bienestar, y llevarla a una ideología de la acumulación personal y el derecho y legitimidad que da esa apropiación independientemente de sus costos sociales. El neoliberalismo fue una revolución ideológica en tanto tuvo la capacidad de articular una nueva gestión de la economía del capital con una matriz de pensamiento que validó absolutamente esa modalidad¹⁶, otorgándole legitimidad cultural y política a la escalada de desigualdades distributivas y, por ende, posibilidades sociales que sobre esa legitimidad se comenzó a construir en forma de un nuevo orden social.

Si McPherson¹⁷ había hecho conocido el *constructo* social del individualismo posesivo para caracterizar al sujeto social del liberalismo económico, el sujeto social que construye la *díada* neoliberalismo/neoconservadurismo se caracteriza en su centro por una tendencia a la apropiación y la acumulación personal exacerbada, así como por el descompromiso social y político absoluto. Ya no es solo un sujeto posesivo sino también vorazmente apropiador. Ya no es un sujeto que legitima su posesión en su racionalidad maximizadora sino que hace de ella la muestra cínica de su capacidad en el mercado y en la sociedad. La subjetividad emergente propició la generación de una escena social cuasi malthusiana con el agravante que la legitimidad conferida a las desigualdades que inevitablemente se desarrollarían eran la solución al teorema de Malthus. El individuo económico emergente de la *díada* neoliberalismo-neoconservadurismo, -revolución económica más revolución político e ideológica-, no necesitó de ninguna justificación para apropiarse de riqueza.

14 Lo cual caracteriza la idea del “Compromiso de Clases” elaborado por Adam Przeworski. Dicho “compromiso” asume la siguiente forma según el autor: los trabajadores aceptan no discutir la propiedad privada de los medios de producción a cambio que los capitalistas financien (sistema impositivo que sostuvo al Welfare State) las mejoras de las condiciones de vida de los trabajadores (Przeworski, 1991).

15 Piénsese en la dimensión simbólica que adquirió la categoría “trabajador”. Desde un mito casi heroico -la gesta de los trabajadores- hasta una función social legitimada en sí misma -se es un trabajador.

16 En realidad, este nuevo paradigma fue posible gracias al “feliz matrimonio” entre el neoliberalismo económico -la innovación tecnológica y las reformas estructurales de las economías- y el neoconservadurismo social, cultural y político -la vuelta al individuo, sus preferencias personales y un orden moral de la sociedad-.

17 La democracia liberal y su época (McPherson, 1988).

Por primera vez, en la cultura económica que permanentemente se recrea al interior del capitalismo, la sola voluntad de apropiarse de riqueza y acumularla individualmente se constituía en un acto válido en sí mismo y como modalidad de exponer el éxito que se ha tenido en el permanente combate que la vida moderna propone. Como combate en y por la vida todas las armas valen, y apropiarse de riqueza creada por otros es una de las mayores victorias que se pueden mostrar, pues esas victorias solo son tales si se pueden exponer públicamente. La riqueza acumulada se valida no tanto en las satisfacciones que puede producir sino en que posibilita su exhibición. El capitalista victoriano, satisfecho pero prudente, da paso así a un sujeto económico -el capitalista neoliberal- que hace de la falta de ética económica y moral social un instrumento más que visibiliza su éxito.

La fase neoliberal del capitalismo devino hegemónica en tanto conformó una nueva cultura económica y social. Esa cultura, descrita someramente en los párrafos anteriores, fue la otra condición de posibilidad para sustentar un proceso de producción y distribución de bienes sobre un paradigma basado en la apropiación individual de esos bienes y en un consumo egoísta de los mismos. Dicha modalidad, hecha cultura, supuso una ruptura societal y axiológica con el modelo de la sociedad de bienestar. Se generó de esa manera la condición ideológica de un proceso socioeconómico que sumió a las sociedades en una progresiva escalada de producción de desigualdad. Si bien la producción de ésta observó como antecedente inmediato y necesario la expansión de la pobreza, lo verdaderamente novedoso consistió en la estructuración de esa desigualdad. El desarrollo, la progresividad y la estructuración de niveles de desigualdad¹⁸, condición de la apropiación egoísta del neoliberalismo, necesitó de la imposición de un nuevo paradigma cultural.

En este nuevo paradigma sociocultural, la política y los estados ya no cumplen el rol de garantizar una justa distribución de los recursos. Solo la administración de la inequidad y la desigualdad. Su producción es obra, y responsabilidad, del mercado. La política se ha retirado.

La desigualdad como forma del mundo o la desigualdad asumida. Imágenes, situaciones, el arte y la realidad

Imagen 1

En su novela *American Psycho*, Brian Easton Ellis retrata soberbiamente la cultura económica de los 80 (la revolución neoconservadora y las “reaganomics”) caracterizando al personaje central como un exitoso joven *broker* de Wall Street que acumula dinero en la misma medida que lo gasta. Gran parte de la obra detalla las marcas y los costos de todos los productos que el personaje constantemente adquiere. La particularidad de esos productos es su carácter “exhibitorio”, es decir bienes que sirven para mostrar capacidad de consumo. El estilo es el consumo de bienes mostrables y no la utilidad de los mismos. En ese sentido la marca de los productos es más importante que la utilidad del mismo. Se consume marcas pues éstas, en tanto tales, son caras y el precio es el equivalente del nivel económico, cultural y social de quién lo gasta. Por eso la necesidad imperiosa de mostrar lo que se adquiere. Si sociológicamente Werner Sombart¹⁹ había relacionado el consumo del lujo con la evolución del capitalismo, y Thorstein Veblen²⁰ acuñaba el concepto de consumo conspicuo para demostrar una conducta social en base a la acumulación de riqueza, literariamente Ellis relaciona otra fase del capitalismo -financiero de libre mercado- con el carácter externo de éste, es decir una conducta desinhibida por la cual se muestra la irracionalidad del gasto. El éxito está en la capacidad de gastar más que en la de acumular; por eso la ostentación del gasto y la visibilidad del consumo.

Imagen 2

El celebrado director de cine inglés, Ken Loach, se ha destacado en llevar al cine una serie de films donde, sagazmente, describe el imparable declive de la anterior sólida clase obrera inglesa. Esta serie de películas (1990-2016) pueden considerarse como una expresión artística contundente en el sentido de mostrar escénicamente, en uno de

18 Necesario es señalar nuevamente, que la producción de desigualdad no supone solamente el crecimiento de la pobreza, sino que observa como relación necesaria el aumento concentrado de la riqueza. Por esa razón un área como la latinoamericana es más desigual -estadísticas del Banco Mundial- que un área como la africana. En esta hay más pobres absolutos, pero en aquella hay más riqueza concentrada.

19 Lujo y Capitalismo (Sombart, 1979).

20 La teoría de la clase ociosa (Veblen, 2014).

sus aspectos medulares, el desarrollo y recorrido -parábola- del neoliberalismo, algo así como la estrategia del caracol a la inversa.

En “Riff Raff” (1991), la lente se posa centralmente en la inestabilidad de los trabajadores de poca calificación, una inestabilidad que sin embargo se sostiene en la confianza histórica acerca de la necesidad del trabajo para el capital y, con ella, de la imprescindibilidad de la clase trabajadora. Los tiempos son inciertos, lo sólido no se desvaneció, se flexibilizó, pero la historia estaba escrita por quienes sostenían la centralidad y el rol histórico de una clase que, si no era superada por la sociedad sin clases, se desplegaba como el sujeto de la historia moderna. La crisis, como tantas, iba a pasar. Solo había que resistir, aguantar, y el devenir pondría nuevamente las cosas en su lugar.

En “Raining Stones” (1993), solo unos pocos años después, el panorama escénico muestra lo erróneo que era esa confianza en el reequilibrio de la historia y, con ella, de las condiciones de vida de los trabajadores. Impera ya el desempleo abierto, la desesperanza, la búsqueda de estrategias de sobrevivencia por fuera del mercado laboral, la desarticulación de los lazos sociales y la anomia personal. Pensar en la reinserción y en el recupero de la condición ciudadana del trabajo, se torna ya en una quimera. Mejor no esperar y tratar de procurarse el sustento diario. Pero, y ante esa regresión social, está el Estado. Sin muchas ganas, sin magnificencia, pero está. La oficina de desempleo, la bolsa de trabajo, el seguro de desempleo, el Estado provee. Lo mínimo necesario para la vida material; ya poco para la vida política. Pero hay algo de qué aferrarse.

En “I, Danny Blake” (2016), más de una década después, las peripecias que pasa el personaje central, desocupado, inhabilitado por salud, ya no residen en alguna posibilidad laboral o en la asistencia social mínima. Su pelea, su argumentación, su agotamiento está enmarcado en la férrea decisión del Estado de desembarazarse de él. Toda la relación, último anclaje con el sistema institucional, pasa por una lucha desigual entre la fuerza declinante del protagonista y la rigurosa, precisa, filosa normativa burocrática que tiende a deshacer todo vínculo con alguien, un ciudadano, tal cual reclama para sí el protagonista cuando es expulsado una vez más de la oficina del seguro, que se sabe que no puede ya proveerse más por sí mismo. No tiene esperanza en su propia fuerza; el Estado tampoco tiene porque proveérsela. La única lógica es romper definitivamente el vínculo. El cual, efectivamente se rompe, con la muerte del protagonista. Muerte achacable solo a su mala salud. No al destrato estatal.

Cuando se toma el concepto de cultura solo a partir de las modalidades y caracteres que genera una específica forma social de producir, distribuir y acumular bienes, significa que surgen nuevos marcos justificatorios de esas acciones económicas, y con ellas se describen las conductas y los caracteres de los sectores sociales dominantes. Pero también implica la posibilidad de entender que esas conductas y caracteres dominantes son aceptados, en la modalidad de consenso relativo, por los sectores sociales dominados, es decir por quienes producen riqueza, pero no se apropian de ella en forma significativa. Una cultura socioeconómica implica el carácter²¹ de los individuos pertenecientes a los sectores sociales dominantes, pero también el consenso y las condiciones de vida social de los sectores subordinados a esa modalidad de dominación. La cultura socioeconómica de la contemporaneidad se asienta fuertemente sobre la desigualdad como una función más de la naturaleza humana y social. La desigualdad naturalizada.

La desigualdad contemporánea, construida y constituida política, social y económicamente, devino una forma del mundo. Es la forma culturalmente aceptada de un mundo globalizado, superpoblado y en constante movimiento. Es el “orden de las cosas” para los sectores dominantes, es la asunción de la sobrevivencia como forma de vida cotidiana para los dominados. Dominantes y dominados de esta forma del mundo. La desigualdad asumida en todos los órdenes de la vida, es decir, en la vida cotidiana.

La desigualdad contemporánea se estructura en la pobreza -pérdida de ingresos-, la exclusión -incapacidad de acceso al consumo de bienes materiales y simbólicos- y la marginalidad -proceso de puesta al margen del sistema institucional de derechos que opera en la subjetividad²². Es decir, un proceso degradante que comienza en la materialidad de la vida social y llega a una percepción subjetiva de desplazamiento de toda forma de vida social digna. La desigualación recibida y la desigualación autopercebida.

21 Retomando el concepto de carácter que desarrollara Sennett, entendido como los sentidos configurativos de los diferentes sectores -clases- sociales (Sennett, 2002).

22 Resuena la idea de Hannah Arendt: “La ciudadanía es el derecho a tener derechos”. Es decir, solo con la conciencia de ser sujeto de derecho se puede pelear por los derechos inculcados (Arendt, 1988).

Es una desigualdad estructural y social pero que se manifiesta subjetivamente como individual. Es la pérdida propia de toda capacidad de proveer y proveerse de una vida con condiciones y expectativas. Es una desigualdad que, en su individuación, torna vergonzante al sujeto desigualado. Es asumida como culpabilidad, como vergüenza y expresada en un discreto desplazamiento hacia un costado semioculto de la sociedad. Un formato que no permite una expresión colectiva en busca de reparación y justicia, sino en un retiro vergonzante que va cargando de resentimiento y rabia a quien lo padece.

La forma cultural -culturalmente instituida- de la desigualdad contemporánea, expulsa, margina y culpabiliza. El excluido, luego automarginado, se aparta, ya no solicita ni demanda. Solo busca su sobrevivencia. No es una construcción colectiva dado el componente vergonzante. Nadie se articula, y de ahí constituye identidad, desde el “deshonor” social, y menos con otros carentes de pertinencia social. Por lo tanto, no hay construcción política colectiva sino un encontrarse en las calles, en las periferias urbanas -lo periurbano- y reconocerse en el estigma. El resultado subjetivo es el resentimiento y el odio. Hacia sí mismo, hacia los otros. El conflicto social se diluye por la negativa, por la desarticulación colectiva de los desplazados sociales. La contemporaneidad registra varias formas reactivas a la estigmatización del desplazado: racismo, xenofobia, ultranacionalismo, y varias conductas que van en la misma dirección: violencia, conflicto, destrucción, descontento. La forma de ver al mundo por parte de los desplazados deviene en una forma de actuar en el mundo. Actuar como desplazado, empujando y gritando para volver a ubicarse en donde siempre fue su lugar. Señal clara del sentido subjetivo, autopercebido, de la propia situación.

¿Qué política para esa desigualdad? ¿Qué política para la exclusión? ¿Qué política para la marginación auto-producida del sistema político- institucional? ¿Qué política para el resentimiento? Complicado, sí. Solo un comienzo, incierto, lento, dificultoso: proveer de manera obligada -legal- de bienes materiales a quienes carecen de ellos vía mercado; proveer de bienes simbólicos tal que se restituyan, vía reconocimiento, sujetos de derecho.

El principio: el reconocimiento del otro²³, el reconocimiento humano y social. El reconocimiento por naturaleza humana. El deber de reconocer y el derecho a ser reconocido. En el reconocimiento, antagónico del desconocimiento por olvido o por descarte, está la llave maestra de la visibilidad de las flagrantes e intolerables desigualdades contemporáneas, primer paso para empezar a reestablecer en todo su sentido y significado político la idea de justicia.

La lucha por el reconocimiento observa una ventaja política: se da en el terreno de lo social. El reconocimiento del otro es una actitud social. Su carencia es la que hoy lleva la cuestión a la política institucional. Del reconocimiento como forma social de constituir el lazo societal y, de ahí, a reconfigurar la concepción de lo justo y los límites de lo tolerable, emergería una política más fluida, más ágil, más certera. Pero el principio reside, hoy, en la misma matriz societal que valida la desigualdad.

Bibliografía

Arendt, H. (1988). *La condición humana*. Paidós.

Bauman, Z. (2006). *Vidas desperdiciadas*. Visión.

Benza, G. y Calvi, G. (2005). Reestructuración económica, concentración del ingreso y ciclos de desigualdad (1974-2003). *Realidad Económica*, N° 214.

Bourdieu, P. (1990). *Cosas dichas*. Gedisa.

Bourdieu, P. (2003). *La miseria del mundo*. FCE.

Boyer, R. (1991). *La Teoría de la regulación. Un análisis crítico*. Manantial.

Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós.

Elias, N. (2000). *El proceso de la civilización*. FCE.

- Ellis, B. (1992). *American Psycho*. Tiempos Modernos.
- Goffman, I. (1996). *Estigma*. Amorrortu.
- Gorz, A. (1991). *Metamorfosis del trabajo*. Sistema.
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Crítica.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1988). *Hegemonía y alternativas socialistas*. Siglo XXI.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Nueva Visión.
- McPherson, C. (1988). *La democracia liberal y su época*. Alianza.
- Minujin, A. y Kessler, G. (1994). *La nueva pobreza en la Argentina*. UNICEF-Losada.
- Moreira, C. y Avaro, D. (Comp.) (2012). *América Latina Hoy*. Teseo.
- Murmis, M. y Feldman, S. (1993). Heterogeneidad social de la pobreza. En Minujin, A. (Ed.), *Cuesta abajo*. UNICEF-Losada.
- Przeworski, A. (1990). *Capitalismo y socialdemocracia*. Alianza.
- Raus, D. (1991). La marginalidad social. *Revista Doxa-Cuadernos de Ciencias Sociales*, N° 3.
- Raus, D. (2004). Transformaciones sociales y gobernabilidad en América Latina y Argentina. *Cuadernos de Trabajo*, Universidad Nacional de Lanús.
- Raus, D. (2012). América Latina: la cuestión social hoy. En Motta Díaz, L. (Comp.) (2012), *América Latina Interrogada*. Porrúa.
- Rawls, J. (1998). *Teoría de la justicia*. FCE.
- Sennet, R. (2001). *La corrosión del carácter*. Anagrama.
- Sennet, R. (2007). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama.
- Sombart, W. (1979). *Lujo y Capitalismo*. Alianza.
- Veblen, T. (2014). *La teoría de la clase ociosa*, Alianza.